

SUMARIO

Crónica general, por Niemand; pág. 353. — La reconstitución (continuación), por don G. M. Seco, coronel de Infantería; pág. 356. — Inglaterra y el Transvaal (continuación), traducción por el Marqués de Zayas, comandante de Estado Mayor; pág. 361. — La instrucción de las tropas, por don Federico Pita y Espelosin, oficial de Infantería; pág. 365. — Advertencia; pág. 368.

Pliegos 79 y 80 del tomo II del DICCIONARIO DE CIENCIAS MILITARES, por don Mariano Rubió y Bellvé, comandante de Ingenieros.

Pototskil: TRATADO DE ARMAS PORTATILES Y DE TIRO; pliegos 35 y 36. Traducción y ampliación, por don Narciso Martínez Aloy, capitán de Infantería.

CRONICA GENERAL

LA EXCEDENCIA.—LOS QUE SOBРАН Y LOS QUE NO FALTAN.—EXTENSIÓN DEL MAL Á TODAS LAS CATEGORÍAS.—CÓMO SE IMPROVISA UN DRAMA.—EL LAGO RUSO DE LADÓGA.—VENTAJAS DE ESTE MAR INTERIOR.—LA LANZA DE LA CABALLERÍA ALEMANA.—VACILACIONES QUE EN FRANCIA PRODUCE ESTE ASUNTO.

Entre otras desgracias que nos hemos acarreado desconociendo hasta los rudimentos de la organización militar, figura, como una de las principales, la excedencia, esa gangrena que corroe hoy, como ha corroído casi siempre, una parte de la oficialidad española. El que disfrutando un buen sueldo ó desempeñando destinos de cierto lucimiento, se halla, por decirlo así, en su centro, no comprende con facilidad la gravedad del mal á que nos referimos, y que tanto convendría hacer desaparecer. Dignísimos jefes y oficiales han regresado de Cuba y Filipinas después de haber tomado parte en campañas desdichadas, es cierto, pero de cuyo resultado fatal no son muchos de ellos responsables. No pocos dieron muestras de su abnegación, perdiendo la salud por los rigores de climas que no todos los organismos soportan bien, y regresaron á España con la satisfacción de haber cumplido con su deber, ostentando recompensas quizá honrosamente ganadas luchando con el enemigo. Pues bien, nada más doloroso que ver cómo esos oficiales *sobran*, cómo están de más en el ejército, cómo constituyen un lastre poco menos que ignominioso del mismo, un miembro inútil que hay que cercenar. Arrancados violentamente de la familia militar, hallándose, como coronamiento de sus trabajos, en el montón de lo que estorba, cómo se quiere que su espíritu militar se mantenga vivo, que sientan por las glorias del ejército ese entusiasmo sin el cual un ejército jamás conquista glorias? Y á la excedencia de los que sobran oficialmente hay que añadir la excedencia de los que sobran de un modo vergonzante; de los que en zonas y reservas, y oficinas, y centros diversos, han de pasarse la vida justificando su existencia militar con actos puramente formales, actos en que la noción de la guerra, de la profesión de las armas, no entra para nada.

En todos los peldaños de la jerarquía militar se observa el mismo mal. Hemos visto á coroneles amantes del esplendor de sus regimientos elevados á la

categoría de general. ¡La ilusión de la *faja* estaba cumplida! ¡La aspiración de treinta años de servicios y de obligaciones estrechas, satisfecha! Pero ¿a qué costa? Pasado el primer mes del entusiasmo y de la ilusión nueva por el uniforme argentado recién salido de la sastrería, la nostalgia de la milicia invade el espíritu del agraciado: ya no hay soldados, ya no hay oficiales á quien dar órdenes, ni autoridades á quien pedir las; ya no hay más que el no ser; el paseo cotidiano del caballero desconocido; la depresión moral del que comprende que era pompa de jabón la bola de oro de las ilusiones; la tarea tristísima de tener que pedir una plaza, cual el licenciado que sale de las aulas universitarias... Y así pasan meses, pasan años; al fin, la promesa de obtener el destino, se cumple. ¡Mandaré una brigada!... Pero ¡oh, desconsuelo! la brigada no existe más que en el papel; la realidad es un servicio rutinario que se realiza de tarde en tarde: el soldado se aleja cada vez más de la imaginación; es ya sólo un recuerdo vago, una sombra escondida en los rincones de la memoria, un sér puramente ideal... Diez años después, quince si se quiere, la patria está en peligro: hay que mandar á los soldados, hay que animar con el ejemplo; la ojeada ha de ser certera; el conocimiento del arte, profundo; la decisión, pronta; el conocimiento de todos los elementos de lucha y de sus necesidades, acabado.

¿No es verdad que son enormes los males causados por la excedencia?

*
* *

Del mismo modo que los hombres jóvenes, los pueblos jóvenes conciben proyectos gigantescos, y ponen en su realización tal vigor y empeño, que el éxito favorable casi siempre corona sus esfuerzos. Rusia está dando muestras de este principio, pues basta ver con la perseverancia con que marcha á la conquista del puerto de Vladivostok, en el Extremo Oriente, con su famoso ferrocarril transiberiano, para comprender que hay en aquel pueblo actual, tosco, rudo, recién venido á la vida universal, energías que ya pesan sobre el mundo entero. Ahora esta forjando otro proyecto gigantesco que, de realizarse, transformará radicalmente las condiciones militares del Imperio en lo que á la guerra marítima se refiere. Se trata nada menos que de hacer navegable el Neva para buques de todos los tonelajes, con el fin de que una vía libre una á San Petersburgo y el puerto militar de Kronstadt con el inmenso lago Ladoga, situado al Este de la capital y á distancia no muy grande de ella. Para comprender la importancia del proyecto basta saber que el lago Ladoga tiene una extensión superficial de unos 12.000 kilómetros cuadrados; es decir, que constituiría un mar interior, en el que las escuadras rusas podrían hallar toda la seguridad apetecible contra la marina más formidable que contra ellas pudiera dirigirse. Espectáculo grandioso sería el de ver penetrar tierra adentro los poderosos acorazados modernos, para meterse en el lago Ladoga, cual si quisieran abandonar el elemento único en que pueden existir, para intervenir en las luchas de tierra firme. Si se tiene en cuenta que el lago citado está en comunicación con el Onega por el curso del Svir, y este último con la cuenca del Volga por medio de canales y cursos de agua de pequeña importancia, se comprende que, con el proyecto citado, el mar libre se aproxima, por decirlo así, al corazón de Rusia, y permite creer que

en aquel suelo, llano por lo general, quizá llegue á jugar el agua el papel que en casi todas partes desempeñan los ferrocarriles.

Los trabajos que hay que realizar para hacer navegable con seguridad el curso del Neva, consisten en hacer desaparecer una barra que hace peligroso remontar el río sagrado de los rusos. De creer es que estas dificultades se harán desaparecer, y con ello Rusia dará una nueva prueba de lo que hemos dicho al principio. Construir es dar de comer, honradamente, al pobre; es aumentar la riqueza nacional; es consolidar el dominio sobre el territorio donde se construye. Las órdenes religiosas, cuyo espíritu nadie desconoce, han practicado siempre esta ley: el *mal de piedra* que han padecido (!) siempre, su afición perenne á las construcciones les ha dado constantemente una resistencia que jamás han adquirido los organismos basados en el lujo de la palabra y de los papeles.

*
* *

No hace muchos días hablábamos de las vacilaciones francesas ante la unión de toda la artillería de campaña á las divisiones alemanas. Pero esas dudas son insignificantes si se comparan con el embarazo que en el ánimo de nuestros vecinos produce la lanza de la caballería. Después de 1871, dieron todos los ejércitos europeos en arrinconar, ó poco menos, la lanza; pues para explorar, reconocer, cubrir el frente y las alas de un ejército, ¿para qué sirve la lanza? Francia suprimió los lanceros, Austria siguió el mismo camino, y aun en Rusia, casi toda la caballería se convirtió en dragones, no conservando las lanzas más que la Guardia y algunos regimientos cosacos. Se trataba, pues, de un problema resuelto, y ya no había que volver jamás á tratar de aquella arma de la Edad Media, cuya pequeña moharra no servía para aumentar la potencia visual del jinete ni para darle en el combate más eficacia que la que puede proporcionar una buena carabina. Pero los reformistas no habían contado con la huésped; y en este asunto fué la huésped el emperador Guillermo II, quien, guiado por sus aficiones personales—así dijeron,—tuvo la idea de armar con la lanza á toda su caballería... sin quitarla por esto las armas de fuego. Austria ha seguido, en parte, la conducta de los alemanes; Inglaterra, que no había suprimido los lanceros, ha dado esta arma á parte de los dragones; la moda de la lanza vuelve, y los franceses se encuentran en el caso de andar para atrás y adoptar hoy lo que suprimieron hace muchos años, ó vivir sin lanza, expuestos á ser alanceados sin posibles represalias en este punto. Lo peor es que no comprenden claramente esa terrible afición á la lanza de la caballería alemana; no conciben cómo un jinete puede convertirse en un arsenal, para no hacer más que explorar, reconocer y cubrir.

Es esta la triste situación de los copistas, que no saben generalmente lo que copian. La caballería alemana—dijeron—nos aplastó explorando, no combatiendo; pues preparémosla para la exploración, y no nos cuidemos de esta arma como combatiente. Y los alemanes, con placer grande, han aprovechado las premisas para sacar una consecuencia lógica: la caballería enemiga no se prepara para el combate de caballería, pues preparemos la nuestra para que en momentos decisivos pueda realizar su misión clásica de convertir la derrota del contrario en una hecatombe, ó de aminorar, con el sacrificio, los peligros del vencimiento.

NIEMAND.

27 noviembre 1899.

LA RECONSTITUCION

(Continuación.)

Vamos á hacer, todavía, otra aplicación del teorema de *Stephanos*.

Creo que no habrá un solo *modernista*, que no esté absolutamente conforme con la suposición que voy á hacer; y si no estuviese conforme, tendría que venir en la necesidad de retroceder al mosquete: yo supongo que es perfectamente verosímil que una tropa veterana, con la severidad que se adquiere en muchos años de servicio, y con la habilidad propia de quien ha quemado muchos miles de cartuchos (1) en el tiro al blanco, despreciando el fuego á largas distancias, que es tan ineficaz como desmoralizador, podría llegar hoy, con magníficos fusiles, siquiera, á conseguir el efecto útil que se obtenía en el siglo xvii, con armas muy imperfectas.

Admitido como verosímil este hecho, supongamos que dicha tropa ha de batirse contra fuerzas tagalas, siendo iguales los demás factores del coeficiente mecánico, así como el valor físico y moral; diferenciándose únicamente en el aprovechamiento del fuego, que en la primera tropa sería 1 : 250; y en la otra, 1 : 20.000 (2). El tanto por ciento correspondiente á cada una es 0'4 y 0'005, respectivamente.

Tendremos: $0'4 n^2 = 0'005 n'^2$

$$n' = n \sqrt{\frac{0'4}{0'005}} = 8'9443 n$$

Por lo cual el ejército de fuerza n , puede combatir con el otro, sin desventaja, aún siendo aquél casi nueve veces menor.

Tengamos en cuenta estos ejemplos, unos reales, otros hipotéticos; pero todos basados rigurosamente en el teorema aceptado.

Tengamos, también, en cuenta: que el valor no es constante, sino esencialmente variable; que un ejército que, en campo abierto, lucha de igual á igual con otro nueve veces mayor, se engríe y se embravece; y que al mismo tiempo, el enemigo se siente humillado y acobardado; y recordemos que el ejército nueve veces menor puede maniobrar con mucho mayor desahogo; y que éstas son causas que aumentan la potencialidad del ejército menor, estableciendo el desequilibrio en favor suyo, después de empezar las hostilidades.

Y vendremos á parar en que el *Teorema de Stephanos* tiene estos dos *corolarios* con los cuales el autor no contaba, y que matemáticamente echan por tierra sus aficiones á los grandes efectivos:

PRIMER COROLARIO: *Con el fusil moderno* (lo mismo que con la pica y con

(1) Los cien cartuchos que se consume anualmente en el tiro al blanco, por cada plaza de fusil, son inútiles para este género de instrucción. Para tan poca salud, más vale morir.

(2) Ya hemos visto anteriormente, que en el siglo xvii se necesitaba 250 disparos para causar una baja; y que los tagalos necesitaron 20,000 tiros para herir á un yankee.

la honda), cuando una tropa, en igualdad de valor, alcanza, dentro de los límites de lo racional, de lo verosímil y de lo sucedido, gran superioridad en el coeficiente mecánico puede luchar victoriosamente contra fuerzas enormemente superiores en número, repitiendo las antiguas hazañas.

SEGUNDO COROLARIO: Cuando una tropa, á causa de su gran coeficiente mecánico, al principiar una guerra de cierta duración, posee igual potencialidad que su enemigo, siendo éste enormemente superior en número, la victoria será de la fuerza menor, si nuevas circunstancias (alianzas, refuerzos, etc.) no aumentan la potencialidad de la fuerza mayor, en el curso de los acontecimientos.

Este corolario explica perfectamente, aun prescindiendo del valor, el terror que llegaron á infundir los Almogávares y los Tercios; y también explica la necesidad de la alianza inglesa y de las quintas de Mendizábal y Castelar, en nuestras guerras contra los carlistas.

Considerando el punto suficientemente discutido vamos á examinar otro aspecto de la cuestión.

Los modernistas piden un ejército grande, con un gran general; y debemos ver la influencia de éste en la famosa ecuación.

El general, indudablemente, cuando por torpeza, error, falsos informes recibidos, etc., comete desaciertos, como dispersar su tropa, no apoderarse de puntos importantes, desatender las subsistencias, ú otros análogos, debe ser considerado como un factor fraccionario, menor que la unidad, en el miembro de la ecuación, correspondiente á su ejército.

Es decir, que el general, con sus desaciertos, puede causar daños de consideración, haciendo que el rendimiento de utilidad de su ejército sea $\frac{c \pi n^2}{1 + h}$, en lugar de ser $c \pi n^2$ (h es cantidad esencialmente positiva, por hipótesis).

Si el general, aprovecha toda la potencialidad $c \pi n^2$ de su tropa, será un factor igual á la unidad.

Veamos si puede aumentar el valor de ese producto.

El factor n^2 decrece constantemente por efecto de las bajas; pero lo mismo sucede al enemigo.

El coeficiente mecánico c es invariable en lo relativo á organización, armamento, ambulancias y demás factores que vienen dados por el Ministerio de la Guerra; y en lo tocante á aptitudes de la tropa, no hay manera de multiplicarlas; por ejemplo: no hay manera de aumentar el efecto útil del fuego, más allá de lo que permita la instrucción recibida.

El valor representado por π , es ingénito en la raza, y viene creciendo, sosteniéndose, ó menguando, según que aquella se halle en una ú otra fase de su existencia.

Corresponde al general, no aumentar, porque no es posible, sino sostener ese valor, de modo que no decaiga en el curso de las operaciones. El general que ha vivido siempre entre soldados, y que posee tacto y energía, si es gobernador de plaza ó jefe de un ejército pequeño, con el precepto, el ejemplo y el castigo, conseguirá el mencionado fin; pero en los grandes ejércitos, donde el general no ve el comportamiento de sus soldados, ni éstos conocen á aquél, no queda más que el muy pobre recurso de las órdenes de día, que dejan de producir efecto, en cuanto sobreviene una derrota, cuya impresión hace olvidar cúspi-

des de pirámides y nieves de Mayo, leones rampantes, águilas imperiales, y demás recursos de la oratoria, de la poesía y de la heráldica.

A estos recursos oratorios, si hay verdadero valor, se contesta como contestó Narváez al general Córdova: «Mi regimiento no necesita que se le *jalte*»; si no lo hay, resulta poco útil el pasajero y ordinariamente fingido entusiasmo de los oyentes. El que realmente tiene miedo, á la vista del peligro, olvida ambiciones y castigos: ¡cuánto más olvidará ejemplos y palabras!

No referiré los que he visto en algunas ocasiones, porque mi talla es muy pequeña, para que me permita hacer uso de mis memorias personales; pero tampoco es necesario, porque harto sabido es en todos los ejércitos, que una tropa alebrónada, á veces, sin motivo, abandona ó atropella, en su fuga, á los oficiales, jefes y generales más bizarrós; y, sin defenderse, se deja acuchillar por enemigos inferiores en número y en armamento, como se ha visto en los indios, siempre que han luchado con los moros.

Como caso particular, ocurrido no recuerdo en qué derrota sufrida por las tropas en la última guerra carlista, referiré el que he oído relatar á un compañero: éste trataba de contener la dispersión de su tropa, increpándola duramente; detuvo á un soldado, amenazándole con la muerte; y éste respondió: máteme usted, mi teniente, porque prefiero que me mate usted á que me maten los carlistas.

Creo poder afirmar en el terreno práctico, igualmente que en el racional y filosófico, que el hombre razona, descubre, combina y utiliza; pero no puede crear, porque esta facultad está exclusivamente reservada á la Providencia. No puede pues, el general, crear en su tropa las cualidades que la haya negado la Naturaleza; y adquirirá gran mérito, si conserva, fomenta y utiliza las virtudes de sus soldados.

Parece que mi aserto es desmentido, por la frecuencia con que un jefe obtiene arranques de inesperada y grande energía, en tropas acobardadas; pero no es lo mismo estar acobardado, que ser cobarde. Cuando un hombre es cobarde, no hay quien le infunda valor, según he observado en la experiencia; y, recíprocamente, un bravo podrá acobardarse en ciertos momentos; pero conservará el valor latente, que puede ser reaccionado por la palabra y el ejemplo de otro hombre.

He dicho, y repito, que el valor es variable, como lo es la energía física; y, así como en las penosas operaciones de una guerra dilatada, se endurecen los pies, y se adquiere mayor movilidad, también, con la costumbre del peligro y de los éxitos alternativos, puede endurecerse el corazón; pero, este efecto de la Naturaleza, que impulsa el desarrollo de toda facultad humana puesta en acción, ni es arbitrario, ni puede obtenerse en las modernas guerras europeas, cuya brevedad es impuesta por lo enorme de los efectivos, por lo fortuito del choque, y por lo abrumador del resultado.

Entiendo, pues, que el general no puede multiplicar la potencialidad de sus tropas, aunque pueda disminuirla, voluntaria ó involuntariamente, de igual manera que el maquinista no puede hacer que una máquina dé mayor utilidad que la que permiten las condiciones de su construcción; aunque, por voluntad ó torpeza de aquél, sea posible que rinda menor trabajo.

Hay que insistir, pues, en que los gobiernos están obligados á procurar el

mayor valor posible al producto $c \pi n^2$, sin contar jamás con que el general, pueda multiplicarlo.

En artículos publicados en esta REVISTA CIENTÍFICO-MILITAR (1), he demostrado que un ejército puede alcanzar la victoria, prescindiendo de las cualidades de su general; y que el talento de un general puede estrellarse contra un buen ejército; siendo el soldado quien resuelve en última instancia el problema de la guerra. No insistiré sobre lo que he dicho en otras ocasiones; pero voy á permitirme formar un breve juicio de la Estrategia de la época napoleónica.

Dice Almirante, que el baluarte fué inventado por el cañón; y yo opino que la diseminación de las divisiones fué invención del considerable efectivo de los ejércitos, que venía creciendo desde el siglo XVII (2); luego, se quiso hacer de esto una teoría estratégica, y se dijo preceptivamente: marchar por caminos paralelos, para abreviar el despliegue; esparcirse, para vivir; reconcentrarse, para combatir; economizar las fuerzas, empleando corto número de ellas para contener al enemigo en puntos sin importancia, y caer con el grueso del ejército sobre los puntos decisivos. Todo esto es precioso, en teoría: y da gusto leer los relatos de las campañas, en los modernos autores; dicen así, poco más ó menos: la división tal marchó, el 5, á tal parte; el 6, retrocedió á tal otra; el 7, se corrió á X. Mientras tanto, el cuerpo tal avanzó el 5, á tal punto; el 6, á tal otro; y el 7, al de más allá. El enemigo, entretanto, retrocedió de tal á tal mientras su ala derecha avanzó á tal..... etc. Es claro, continúa el tratadista, que, maniobrando de este modo, las cinco divisiones de Fulano, y las tres de Mengano, habían de encontrarse con el cuerpo de Zutano, muy inferior en número, destruzándolo completamente, como así se efectuó.

Todos los paisanos y casi todos los militares que leen esto, lo toman como el relato de una partida de ajedrez, en que cada jugador, que ve la jugada de su contrario, calcula la propia con verdadera maestría; y los lectores alaban á Dios, que permitió que el genio de Napoleón, descendiera á la tierra, para darnos á conocer una nueva ciencia exacta.

Lo que no dice el autor, y esto aclararía las ideas, es que se maniobró de tal modo, por casualidad, ó por informes falsos; y que se encontraron casualmente, las desiguales fuerzas mencionadas. Tampoco explica por qué venció en muchas ocasiones, quien teóricamente debía ser vencido.

Pero los pobres de espíritu que, en lugar de elevarnos á las alturas del arte imaginario, vamos mirando humildemente al suelo, para no tropezar *prácticamente* en alguna piedrecita, encontramos que lo del juego de ajedrez no es aplicable al juego de la guerra, donde no se ven las jugadas del contrario. Verdad es que los tratadistas aseguran que los *genios* tienen el don de adivinar, que Napoleón poseía maravillosamente; pero, á mí me parece que, si Napoleón fué adivino, debió adivinar la proximidad del enemigo y la paliza que éste iba á administrarle en Marengo, con lo cual, el indiscutible *genio*, no se hubiera desprendido de la división Desaix, ni hubiera recibido la paliza, de la cual este desgraciado y bizarro general le vengó cúmplidamente.

(1) «Los laureles del Rey D. Jaime» y «Estrategia y Táctica sublime».

(2) Del mismo modo, el exagerado temor á las armas modernas inventó la diseminación de los hombres.

Los que dudamos de ese don, creemos que, yendo, viniendo y barajándose un gran número de cuerpos de ejército, fraccionados en muchas divisiones; no teniendo, los generales, la galantería de avisarse mutuamente los movimientos que van á ejecutar; siendo frecuente que las fracciones, por error, por hallar obstáculos en su camino, ó por no recibir oportunamente las órdenes, no acudan con puntualidad al lugar de su destino; y resultando casi siempre incompletas y contradictorias las noticias facilitadas por la exploración y por el espionaje: creemos, repito, que con este sistema sólo se llega al choque fortuito y al éxito casual.

En cuanto al resultado de los cálculos de ese género, suele ser contraproducente, como se puede demostrar examinando la última campaña del celebrado capitán.

En la primera parte de ella, los dos ejércitos aliados estaban separados uno de otro; pero cada uno de ellos, concentrado. Los franceses, según el plan adoptado y la manera de ejecutarlo, tenían todas las probabilidades de la derrota: mientras Ney estaba muy apurado enfrente de los ingleses, y Erlón vagaba como alma en pena, Napoleon, con fuerzas inferiores en un tercio, fué á tropezar con Blücker; pero el *coeficiente mecánico* y el entusiasmo de los soldados franceses era superior al de los prusianos, que resultaron vencidos, á pesar de todas las teorías.

En la segunda parte, los papeles se cambian: Napoleon, con fuerzas numéricas muy superiores, multiplicadas por la fuerza moral que da la victoria precedente, cae sobre los ingleses, que están en posición infernal, con un río á la espalda; los prusianos, desconcertados por la derrota, se hallan á larga distancia; Grouchy los persigue, y, con sus fuerzas escasas, pero victoriosas, es suficiente para detenerle algunas horas: el éxito era seguro.

Pero los soldados ingleses, los soldados de oficio, tenían, en su solidez, un coeficiente mecánico, que compensó la torpeza de Wellington, anuló el plan napoleónico, y paralizó el entusiasmo francés; entre tanto, Grauchy perdía el contacto, Blücker cayó sobre el flanco de Napoleon; y la casualidad que favoreció á Blücker, y el valor defensivo del soldado inglés, decidieron la victoria en favor de quien debía ser, teóricamente, vencido.

La falibilidad de esos vastos planes estratégicos, hechos sobre el mapa, y frecuentemente contrarios á la buena táctica, no suele estar á la vista del público, porque el vencedor, con el pretexto de levantar el espíritu público y de sostener el prestigio del mando, pero tal vez para satisfacer su amor propio y sus ambiciones, al dictar sus boletines, entre grandes alabanzas al ejército, desliza suavemente la especie de que todo lo que ha sido debido á la casualidad, es debido á su talento y á su sabiduría. A éste se le cree, porque es vencedor.

El vencido, como no tiene más remedio que explicar su derrota, confiesa que no tenía suficientes noticias de la situación y proyectos del enemigo, como sucede siempre ó casi siempre en la guerra, y que la derrota fué debida á la falta de firmeza de la división tal. A éste no se le cree, porque fué vencido.

G. M. SECO,

Coronel de infantería

(Continuará.)



INGLATERRA Y TRANSVAAL

(Continuación.)

Según datos oficiosos ingleses, deben formarse para el servicio en el Africa del Sur, 6 brigadas de infantería á 4 batallones, 2 divisiones de caballería á 3 regimientos, 1 grupo de artillería de campaña de 3 baterías; además, para los servicios de etapas, 4 batallones y 1 un regimiento de húsares, y finalmente, las necesarias unidades de zapadores, telégrafos, sanidad y tren. Desde la India se han enviado: 1 brigada de infantería inglesa de 4 batallones, 1 brigada de caballería inglesa de 3 regimientos, 1 grupo de artillería de 3 baterías, y 4 ambulancias de sanidad. En total: 32.000 hombres combatientes. Sin embargo, en las primeras semanas sólo puede contarse con las tropas de la India; la movilización y transporte de los batallones de la Metrópoli, durarán por lo menos mes y medio, de manera que hasta mediados ó fines de noviembre, y probablemente hasta más tarde, no se tendrán en Africa todos los efectivos de guerra. Desde este punto de vista, se explica bastante bien la tardanza de los ingleses en empezar las hostilidades.

En el Cabo y Natal se han reunido hasta ahora 10.000 hombres de tropas regulares inglesas que, reforzadas últimamente con las tropas de la India, buenas y preparadas para campaña, ascienden á 15.000 hombres, pudiéndose contar á fines de noviembre con 42.000 hombres para operaciones formales en el Africa del Sur. Debe agregarse también el número de fuerzas reclutadas y organizadas en la misma Africa, que serán tal vez bastante considerables. Desde luego corresponde á las facultades del gobernador de la Colonia del Cabo y al comandante de las tropas locales, el llamar al servicio militar todos los individuos sujetos á esta obligación y comprendidos entre los 18 y 50 años de edad, lo cual con una población de 154.000 británicos podría dar, en el caso más favorable, 15.000 hombres útiles. Una parte escogida de estos individuos está ya organizada militarmente en la Colonia del Cabo, formando 41 compañías de voluntarios, con un efectivo de 5.000 hombres y 6 cañones, que debe restarse de la cifra anteriormente expresada. Existe, además, en la Colonia del Cabo una milicia permanente de 1.600 hombres con 4 piezas, después las tropas de policía, así como también en la Ciudad del Cabo una guarnición especial de artillería con unidades de zapadores; tropas locales análogas hay en el territorio de Bechuana. Finalmente, hace meses que se enviaron al Africa 50 oficiales británicos para reclutar en en el resto del país de la Bechuana y Rhodesia infantería montada, en la que se ha admitido, desgraciadamente, gente de color—á pesar de las afirmaciones de Balfour en la Cámara de los Comunes de que sólo se emplearían blancos en la guerra contra los boers.—Suponiendo que los voluntarios de Australia y Canadá dan un contingente máximo de . . . 5.000 hombres, se deduce el siguiente cálculo aproximado para las fuerzas británicas á mediados ó últimos de noviembre:

Fuerzas regulares británicas.	42.000	—
Milicias permanentes de la Colonia del Cabo.	1.600	—
41 compañías de voluntarios.	5.200	—
Complemento de las mismas, según orden especial.	10.000	—

Voluntarios de Rhodesia y Bechuana.	4.000	—
Tropas locales de Natal y Bechuana, y la recluta entre los uitlanders del Transvaal.	3.000	—
Total.	70.800	hombres.

Con las tropas de marinería de los buques de la escuadra sudafricana pueden estas fuerzas aumentarse en 2.000 hombres. De estos 72.000 hombres hay que descartar, seguramente, un tercio para las guarniciones, de manera que para las operaciones ofensivas dispondrá el general en jefe de las fuerzas combatientes en el Africa del Sur, sir Redvers Buller, de 48.000 hombres, todo lo más.

La concentración del grueso de las fuerzas británicas se efectuará, sin duda alguna, en la Colonia británica de Natal. Su frontera forma un ángulo entrante en el territorio de las Repúblicas sudafricanas, con el vértice en Laings-Neck (1). Una vía férrea de 300 kilómetros atraviesa Natal en toda su longitud desde Durban (Port-Natal) y la Colonia, con su preponderancia de población inglesa, ofrece la mayor seguridad posible para el transporte de todo el material de guerra y aprovisionamientos. Una concentración en el cruce de vías férreas, Ladysmith amenaza el Estado libre de Orange por el paso de Van Reenen en los montes Draken, é igualmente el Transvaal con un avance que pudiera efectuarse por la depresión Laings-Neck hacia Volksrust, Sanderton y Pretoria. Por estas razones debe considerarse la Colonia Natal y su puerto Durban como la base natural de las futuras operaciones inglesas. Las mismas causas que nos hicieron calificar la Colonia del Cabo de base natural para los Estados africanos, imposibilitan á la alta dirección inglesa emprender desde ella una gran operación. La noticia de que ya hoy los transportes militares británicos por las vías de la Colonia del Cabo tienen que efectuarse, como en país enemigo, con las mayores precauciones, adoptando medidas de protección y reconociendo puentes y demás obras de arte antes del paso de los trenes, permite deducir que la dirección del ejército británico conoce perfectamente estas anormales y especiales circunstancias, y que, por lo tanto, el avance principal de las tropas ofensivas británicas se efectuará desde Natal.

Muy en favor del ejército británico se encauzarían las cosas desde el momento en que Portugal, rompiendo la neutralidad, abriera á los ingleses la bahía de Delagoa con Lorenzo Marquez. Fácil es de comprender que la diplomacia británica empleará todos los recursos imaginables para conseguir la extraordinaria ventaja militar de una segunda base, completamente segura y unida también con la capital enemiga por una línea férrea, y sólo 40 kilómetros distante de la frontera del Transvaal.

Aunque presumimos en Ladysmith la concentración del ejército británico, hay que esperar por otra parte una serie de pequeñas operaciones desde Rhodesia y el territorio de Bechuana contra aquella frontera del Transvaal, que carece totalmente de protección. Las correrías en el Transvaal de cuerpos francos, compuestos de blancos y gente de color, formados, instruídos y mandados por oficiales británicos, se efectuarán desde diferentes puntos del ferrocarril de Rho-

(1) Véase la carta del Africa del Sur de Langhans, editada en 1899 por Justus Perthes, Gotha.

desia, Kimberley, Mafeking y cruzando el río Limpopo; pero probablemente en su conjunto serán mayores el espanto y los excesos cometidos por los éxitos militares que se obtengan. A estos cuerpos organizados á la Jameson se les dará como núcleo sólido uno ó varios cuerpos regulares del ejército británico, ya sean de infantería ó de caballería, y también algunas ametralladoras; como columnas volantes guerrillarán en grande ó pequeña escala partidas de boers análogas. Podemos suponer con seguridad que todas las pequeñas escaramuzas que así se originen serán telegrafadas por la hábil prensa inglesa como grandes victorias. Es muy probable que los ingleses guarnezcan con tropas regulares las poblaciones británicas situadas á la inmediación de la frontera del Transvaal, tales como Kimberley y Mafeking.

Ahora bien, el objetivo común, lo mismo de las operaciones principales de los ingleses desde Natal, que de las algaradas desde Rhodesia y Bechuana, será siempre la toma de la capital Pretoria y de Johannesburg con las minas de oro de aquellas inmediaciones.

En vista de este presumible despliegue estratégico, se trata de averiguar cómo piensa el generalísimo de los afrikanders establecer y emplear sus fuerzas. Depende esta cuestión de que los boers se propongan desde el principio de la campaña empeñar batalla decisiva contra el grueso de las fuerzas británicas, ó de que prefieran, según el sistema de la guerra de guerrillas, oponer de frente á las columnas ofensivas sólo una débil resistencia, y al continuar éstas su avance, arrojarse con todas las fuerzas sobre los flancos y línea de retirada. Según como se resuelva esta cuestión, ó bien reunirán en seguida los jefes boers todas sus fuerzas, incluso las de Orange, ó bien intentarán, renunciando por de pronto á una acción táctica en grande escala, contener el avance de los británicos por medio de numerosas sorpresas, á fin de concentrar más tarde las fuerzas en un flanco y con ellas atacar la línea de retirada del enemigo. Con esta táctica se dejaría libre, ciertamente, á los ingleses el camino de Pretoria y aumentaría, sin duda alguna, el prestigio de los británicos en todo el mundo; los boers, por el contrario, experimentarían desde los comienzos de la campaña un fuerte quebranto moral. Es de suponer, por consiguiente, que los boers se inclinarán más á las razones políticas que á las militares, y tratarán de producir un hecho táctico decisivo.

Desde este punto de vista, se verán precisados á reunir el grueso de sus fuerzas en el espacio comprendido entre Sanderton, Volksrust, Wakkerstrom y Ermels, con el centro aproximadamente en Amersfoort, mientras en ambos flancos de esta concentración, lo mismo en el paso Van Reenen en los montes Draken, que frente á Lorenço Marquez en Komati Poort, se colocarían débiles fuerzas para la observación. Fracciones de boers orangeses tendrían que encargarse de guarnecer Harrysmith y el paso Van Reenen con fuerza bastante considerable para sostener con energía y durante mucho tiempo la posición, aun en el caso de ser atacados por enemigo superior en número. También contra las correrías que por el Oeste pudieran efectuar columnas volantes compuestas de ingleses y gente de cooli, debieran dejarse en Ottoshoop y Fourteen Streams pequeños destacamentos, los cuales, ante fuerzas numerosas, se replegarían á Johannesburg y Pretoria. En estas plazas fuertes se establecería, por último, una fuerte reserva que, en vista de la actitud dudosa de Portugal, podría transportarse por

ferrocarril á Komati Poort ó á Sanderton-Volksrust para incorporarse al grueso del ejército. Finalmente, esta reserva debiera estar preparada para marchar por la vía férrea Johannesburgo-Bloemfontein contra un enemigo que invadiera el Estado libre de Orange.

Es muy difícil de calcular el sitio donde se verificará el primer combate importante. Depende ante todo de si los boers permanecen á la defensiva estratégica, ó de si prefieren, avanzando en dos columnas, una por Laings Neck y la otra por Reenen Pass, atacar á los ingleses en Ladysmith antes de que éstos concentren allá sus fuerzas. Estos días se han reunido en Natal, á las órdenes del general S. White, unos 15.000 hombres de tropas regulares inglesas; si el generalísimo de los boers, avanzando ofensivamente por Laings Neck y Reenen Pass en dirección á Ladysmith, consiguiera reunir las fuerzas del Transvaal y Orange, tendrfa, sin duda, esta ofensiva grandes probabilidades de éxito. La superioridad numérica de los boers reunidos estaría así asegurada, y el efecto moral de una invasión en territorio británico y del éxito estratégico y táctico logrado podría cambiar por completo el estado de las cosas en el Africa del Sur. El fiel de la balanza, el *Afrikander-Bond* de la Colonia del Cabo, se decidirfa quizás, en vista de una operación afortunada semejante, á intervenir activamente en la guerra contra los británicos, proclamando la independencia de la Colonia. Se ve que Inglaterra juega grandes intereses en el Africa austral, y que, dado el estado de conflagración allá existente, un gran revés táctico podría crear circunstancias análogas á las que hace cien años costaron la América á los ingleses.

Pero aunque no se verificase la ofensiva mencionada, y los boers, dejando á su adversario la iniciativa estratégica y táctica, organizaran la guerra defensiva, puede predecirse con certeza que las operaciones británicas tendrían un desarrollo extremadamente lento. Los boers son enemigos tenaces, y es imposible adivinar el aspecto que tomarán en general las circunstancias políticas en una guerra sudafricana de muchos meses de duración, que tendrá sujeta en el Africa del Sur á Inglaterra con todas sus fuerzas terrestres disponibles. Puede suponerse resultantemente que una guerra larga encierra siempre el peligro de una intervención de los neutrales.

Y ahora digamos algo sobre cuestiones puramente tácticas. Las tropas boers están compuestas en totalidad de tiradores montados excelentes, muy superiores en movilidad á la infantería inglesa; tienen el conocimiento del país y del terreno, y con respecto á *confort* son infinitamente más moderados que sus enemigos, porque en lugar de largas columnas de víveres llevan en la silla, como única impedimenta, una semana de raciones de carne curada al sol. Poseen el mejor fusil de pequeño calibre que existe, el Mauser, cuyo empleo técnico conocen, como tiradores incomparables que son; el consumo de municiones en combate es muchísimo menor que el de los soldados regulares, pues los boers no disparan más que cuando están seguros de hacer blanco; y, por último, disponen de una artillería, en verdad no muy numerosa, pero muy moderna (unas 8 baterías con 48 piezas de tiro rápido de reciente construcción), servida por 1.500 artilleros bien instruídos.

Traducido del «Militär-Wochenblatt» por el

MARQUÉS DE ZAYAS,

Comandante de Estado Mayor.

(Continuará.)

LA INSTRUCCIÓN DE LAS TROPAS

Nunca mejor que ahora puede decirse *algo* sobre esta cuestión de suyo importante, y en la que, gracias á nuestra consecuyente apatía, nos encontramos en latimosísimo estado.

La instrucción de nuestro soldado es nula; despreciamos en su educación los factores morales, de tan gran importancia, y á los cuales conceden especial atención los extranjeros ejércitos, y sólo nos preocupamos de fútiles detalles, que no producen en el ánimo del soldado más que el cansancio, y casi el menosprecio, á la vida militar.

Nuestros reglamentos, hasta hace muy poco, han descuidado cuestión tan importante, sin acordarse de que todas las naciones, preciándose de algo, desde que el Arte militar sufrió tan graves alteraciones, han dedicado su atención y esfuerzos á la educación del soldado.

Hoy que todas las esferas claman por una regeneración total, creemos no vengan á *humo de pajas* algunas consideraciones que nos dicta nuestro mediano criterio, y que, en gracia á sus buenos fines, deben ser benévolaemente acogidas por nuestros compañeros de armas.

* * *

Ante todo, partiremos del elemento principal que hemos de considerar en nuestro trabajo, el ciudadano español: por todos conceptos, la mayoría de los que forman la *masa* que llega á filas, vienen en un estado deplorable de instrucción, que no es de extrañar dadas las pésimas condiciones en que la enseñanza se halla establecida en nuestra Patria.

La clase media y proletaria son las que nutren hoy día las filas de nuestro ejército; la primera trata de librarse, por todos los medios posibles, de venir á ellas; y si no lo consigue, gracias á la recomendación de tal ó cual amigo, encuentra en el cuerpo á que va destinado, una puerta abierta á la exención del servicio en la compañía, y, por lo tanto, á la práctica de vida militar.

¡Cuántos de estos muchachos podrían formar un buen núcleo de clases y soldados distinguidos que, con su instrucción y conocimientos, favorecieran la obra general del ejército: la ilustración del soldado!

Pero es preferible que esas condiciones, notoriamente ventajosas, se olviden ante las aptitudes más ó menos caligráficas, ó ante las instancias de A ó B, para que salgan rebajados en su oficio, á que se pongan de manifiesto en las instrucciones teóricas, favoreciendo y ayudando en su misión al oficial instructor.

Por lo tocante á la otra clase de individuos que vienen á filas, más valdría no hablar: toscos, la mayoría sin rudimento alguno de educación; algunos, petulantes en medio de su ignorancia; los más, sin conocimiento de lo que son; y todos llenos de resabios, faltas, y con gran desconfianza y poco cariño á la profesión militar.

Acostumbrados á mirar con recelo á todo aquel que viste un uniforme, creídos que al entrar en un regimiento pasan á ser criados de todo aquel que es más que ellos, llegan con prevención contra todo superior, lo que hace más difícil

establecer, desde el comienzo de su aprendizaje, ese cariño y respeto que debe haber entre superior é inferior.

De esto podemos sacar en consecuencia que las condiciones en que el oficial recibe á los soldados en la fila, son pésimas; ¿qué método ha de emplearse para su mejor enseñanza? Difícil es decirlo; no obstante, apuntaremos cuanto nos sugiera nuestra imaginación y analizaremos los procedimientos puestos en práctica en los ejércitos extranjeros, para de una y otra fuente sacar lo más útil, y de aplicación inmediata y fácil á nuestro soldado.

*
* *
*

Siempre hemos sido partidarios, y ahora con doble razón, de que desde los primeros años se empezara por aprender algo así como las bases fundamentales de la educación militar, bases que, desarrolladas al compás de la edad y estudios, pondrían en condiciones al ciudadano de empuñar las armas en cualquier momento.

Además, aprendido desde niños ese respeto y miramiento, amor y obediencia á la institución militar, pero aprendido de buen grado y sin coacciones de género alguno, llegarían los reclutas á filas con esa predisposición de ánimo tan buena y necesaria al complemento de su educación militar.

Todos vendrían admirando la institución, considerando su nobleza, llenos de entusiasmo patrio, y fáciles al cumplimiento de cuanto se les mandase; raras serían las faltas, poquísimos los delitos, y, por lo tanto, no menudearían los castigos, que ganarían en esta tardanza lo que pierden con la frecuencia.

Pero en nuestra Patria, desgraciadamente, se considera baladí todo cuanto atañe al ejército; nuestras glorias, en vez de hacernos caminar en pos del engrandecimiento militar, nos retraen, nos hacen mirar con dudas todo progreso; y no dudemos que al sentirnos fortalecidos por el recuerdo de añejos triunfos, olvidamos lo más principal.

Muchos dicen: «nuestro soldado sólo es propio para esa guerra de guerrillas, no le hagamos combatir regularmente»; otros lo consideran un semi-Dios, tipo único y propio para cualquier clase de lucha; los menos, lo dan por inútil para todo; cuánta opinión, ¡cuánto razonamiento vacío de sentido, y perdónesenos la frase!

Podrá nuestro soldado tener más aptitudes que otros, bien por su constitución, bien por las condiciones del país en que ha nacido, etc., para la *guerra de guerrillas*, pero de esto á solamente considerarlo propio y único para esta clase de lucha, hay gran diferencia.

El soldado *se hace*, y no es cualquier cosa *hacer un soldado*, y más en nuestro país. Según Carsi, tiene mucho parecido al *hacer un hombre* del filósofo.

Por consiguiente, si nuestro soldado tiene aptitudes cual ninguno para la resistencia, frugalidad, etc., ¿por qué no las utilizamos en provecho de su educación *material*, mejor dicho, instrucción táctica?

Tanto ésta como la educación moral, creemos tiene mucho que variar en nuestro ejército; y si, como fuera de esperar, los soldados llegasen á filas en buenas condiciones de instrucción, tendríamos mucho adelantado para partir de una base más sólida.

Tenemos que formar soldados para la guerra regular, tropas que sepan explorar, marchar y vivaquear; tropas que, llegado el momento de la lucha, no desfallezcan ni duden en seguir adelante, al faltarles oficiales ó clases que los manden; tropas que tengan iniciativa (limitada hasta cierto punto) y sepan usar de ella en cuantas ocasiones les sean propicias.

¿Se ha procurado hasta ahora amoldar la instrucción de las tropas á tal objetivo? No somos los llamados á contestar á esta pregunta.

Una instrucción táctica bien razonada y clara, y una educación moral sin meterse en profundidades (tal como hoy llegan los soldados á filas no puede ser otra cosa), nos darían el resultado apetecido.

*
*
*

En Francia, la instrucción del soldado comprende, á más de la táctica, el servicio interior, organización, servicio de plazas, justicia militar, útiles de infantería y tiro, comprendiendo ésto nociones generales, ejercicios preparatorios, tiro reducido, causas de la irregularidad, apreciación de distancias y recompensas de tiro, servicio de campaña, trabajos de fortificación y embarcos en caminos de hierro, etc., etc.

En el ejército portugués se distribuyen del siguiente modo los conocimientos de los soldados: Instrucción teórica: 1.º Nomenclatura del armamento, etc.; 2.º Instrucción sobre limpieza de efectos; 3.º Saludos y honores militares; 4.º Instrucción de tiro; 5.º Código penal; 6.º Deberes en el servicio de campaña y de guarnición; 7.º Equiparse y desequiparse en el orden de marcha; 8.º Armar y desarmar las piezas del fusil.

La instrucción práctica comprende: 1.º Escuela de compañía en orden cerrado; 2.º En orden abierto; 3.º Escuela de batallón; 4.º Ejercicios de regimiento; 5.º Tiro al blanco, y 6.º Escuela de orientación.

De Alemania é Italia no mencionamos nada: todos sabemos que la primera marcha á la cabeza de las potencias militares, y la segunda no le va á la zaga.

En sus reglamentos de campaña y de grandes maniobras, en folletos y opúsculos de notables tratadistas militares, se encuentra tal lujo de detalles y reglas, que parece haberse llegado al límite de la instrucción militar.

Volvamos al nuestro, y veremos que el Régimen interior, en uno de sus capítulos, nos da la norma que hemos de seguir en las *lecturas*; poco, poquísimo es lo que hasta hoy se ha hecho en tal sentido; nuestro modestísimo parecer, en tan importante cuestión, pondrá de manifiesto lo que creemos sea más conveniente y de más utilidad para el soldado.

Instrucción táctica: Mucho orden de combate, desde sección hasta brigada, dejando á cada uno cierta iniciativa, dentro del objetivo de la operación; prácticas diarias ó alternas de tiro, y construcción de trincheras-abrigo; dos marchas semanales, por lo menos, sujetas á los principios de la togislica, terminadas por vivacs ó acantonamientos; prácticas, dos veces al mes, de servicio de seguridad en reposo, tanto de día como de noche, y alguna que otra marcha nocturna, compendian la instrucción táctica del soldado.

Instrucción teórica: Conocimientos teóricos acerca del fusil y tiro, honores y

saludos militares, explicación de Código, ejercicios de orientación, lectura de hechos gloriosos de la historia patria, con ideas generales de honor, etc., y explicación concreta de cuanto se efectuare en el campo de maniobras.

Podrá parecer que el tiempo es exiguo para tanto trabajo; veremos de demostrar lo contrario.

Puesto que en verano la instrucción ó termina ó se hace rarísima, tenemos á nuestra disposición tres ó dos meses para dedicarlos casi totalmente á la instrucción teórica.

Además podríamos amoldarnos á un régimen parecido á éste:

Mes de Enero, instrucción práctica el primer batallón.	} Siendo un regimiento.
— — — — — teórica y servicio de plaza el segundo.	

Al mes siguiente, el primero daría el servicio de plaza é instrucción teórica, y el segundo podría dedicarse á la instrucción táctica, etc.

Para la instrucción táctica escogeríamos, en verano, las horas de la mañana, y para efectuar las marchas nocturnas, aquellas en que hubiese luna.

De este modo, perfilando luego, en el dormitorio, con las explicaciones de los oficiales, los conocimientos obtenidos en el campo, llegaríamos en breve tiempo, un año próximamente, á formar verdaderos soldados, conocedores de la vida de campaña y de sus deberes ante el enemigo, robustecidas estas enseñanzas con las lecturas y explicaciones de las glorias de la patria.

Desgraciados de nosotros si seguimos por los derroteros hasta ahora conocidos: jamás haremos nada, y sólo mereceremos la indiferencia, cuando no el desprecio, de las demás naciones.

FEDERICO PITA Y ESPELOSÍN.
Oficial de infantería.

ADVERTENCIA

Tenemos el gusto de anunciar á nuestros abonados que, á la mayor brevedad posible, empezaremos á repartir, en la forma acostumbrada, la obra

FORTIFICACIÓN DE MONTAÑA

traducción de la que con el título *Fortificazione in montagna*, publicó últimamente el reputado Teniente Coronel de Ingenieros del ejército italiano E. ROCCHI; quien ha tenido á bien autorizarnos, para que diéramos á conocer en nuestro idioma esta producción.

La importancia que en nuestro país hay que conceder á todo lo que se refiere á la guerra de montañas, y la competencia del autor, dan extraordinario interés al libro que anunciamos, con el cual nos proponemos continuar en el empeño de que los abonados á la REVISTA posean obras correspondientes á todos los ramos de la profesión militar.

Barcelona. — Establecimiento Tipográfico á c. de Fidel Giró, calle de Valencia, 311.